

## **13 de junio: fundación e identidad**

*Elio Noé Salcedo*

El 13 de junio, día de la fundación de San Juan de la Frontera, es un día propicio para hacer una reflexión particular sobre nuestra identidad local, regional y surcontinental.

Hay quienes lo celebran y quienes solo lo conmemoran, y también están los que creen que ni siquiera se debe conmemorar. Las tres posturas tienen que ver con nuestro problema de identidad

La Fundación de San Juan, creemos, nos pone, como un espejo, frente a nosotros mismos: es decir: frente a quiénes somos y quiénes no somos, frente a cuáles son nuestras raíces y verdadera identidad (palabra ésta que contiene además el secreto de nuestra nacionalidad).

En ese sentido, nos podemos referir a la Fundación de San Juan en tercera persona: como “la Fundación de San Juan”, a secas, como algo que pasó y que le pasó a otros; o nos podemos referir a dicho acto en primera persona, como “nuestra Fundación”: como ALGO QUE NOS PASÓ A NOSOTROS O A NUESTROS ANTEPASADOS, es decir a nuestra misma sangre y a nosotros mismos en tiempos pasados.

Del modo de mirarnos en ese espejo... del modo de relacionarnos con aquel acontecimiento de 1562 -de frente o de espalda a la verdad-, seguramente surgirá o no el sentido de pertenencia inherente a la identidad, distinto en uno u otro caso, pues no se puede ser y no ser al mismo tiempo; no se puede ser algo y al mismo tiempo algo diferente. Esa confusión también es parte del problema.

Creemos que es precisamente en la Fundación de San Juan donde está la respuesta y la solución al problema...

Para empezar, y a la luz de lo que ocurrirá inmediatamente después de la Fundación, sería conveniente saber (porque de la verdad se trata): ¿Quiénes estaban presentes aquel 13 de junio de 1562? ¿Quiénes fueron sus protagonistas? De allí deduciremos cabalmente quiénes son nuestros antepasados o *abu-origenes* (es decir nuestros *abu-los originales*), más allá del lugar o del

---

nombre que adquiriera a partir de entonces el territorio en el que vivimos.

Como decíamos, ya que de un problema de identidad se trata, deberíamos responder esas preguntas con la verdad: y la verdad es que, de una u otra manera, como actuantes u observadores, en forma activa o pasiva, como intrusos o como dueños de casa, en forma visible o invisible, agresivos, impotentes o pasivos: huarpes y españoles fueron *partícipes necesarios* de aquel acto de fundación..., incluso esperado por los habitantes de nuestro territorio, según consigna alguna versión histórica.

Pero la respuesta no estaría completa, si no reparamos en un hecho fundamental que ocurrió poco tiempo después de la Fundación, recordando que la memoria -para contribuir con nuestra identidad-, debe responder estrictamente a la verdad. Veamos qué pasó.

Aparte de haber acontecido sin derramamiento de sangre, al año siguiente de la Fundación de Juan Jufré, el 20 de mayo de 1563, la hija de Juan Huarpe, conocido también como el cacique Angaco, había sido bautizada con el nombre de Teresa de Ascensio, y antes de 1570, la hija de Huarpe se había casado con el capitán Eugenio Mallea, segundo de la expedición de Juan Jufré...

Por supuesto, la unión traería consecuencias “irreparables” y la historia ya no podría volver atrás, porque el español Mallea y la huarpe Ascensio tuvieron seis hijos: Julián Ascensio de Mallea; Elvira Guerrero de Mallea y Ascensio, mujer de Juan de la Barrera y Estrada; Luciana de Mallea y Ascensio, mujer de Baltasar de Quiroga y Lemos, natural de Chile; Petronila de Mallea, casada con Juan Gil de Heredia; Cristóbal de Mallea, marido de una de las hijas de Alonso Rodríguez Lucero; y Eugenio de Mallea y Ascensio.

Definitivamente, por mera consecuencia natural de descendencia, los hijos de la huarpe Ascensio y del español Mallea serían nuestro antecedente germinal directo más lejano, con una particularidad que no permite volver atrás la historia ni los genes: a partir de los hijos de Mallea y Ascensio, no seríamos más españoles ni huarpes sino americanos y mestizos, es decir, producto de la mezcla o fusión de dos razas. Esa sería a partir de entonces nuestra estirpe.

Como bien dice el Prof. Pedro Godoy, estudioso latinoamericano que ha profundizado como pocos el tema de nuestra identidad común: “Nuestras raíces no están en el siglo

XIX... sino en el siglo XVI” (23), pues “antes de 1810 ya existíamos como entidad socio-cultural” (19). Tampoco nuestras raíces originales están en la inmigración de fines de siglo XIX y principios del XX...

Aunque sea una verdad de Perogrullo, y dada la confusión reinante, debemos afirmar y subrayar que los primeros sanjuaninos no fueron los contemporáneos del Cabildo Abierto de mayo de 1810, ni los inmigrantes de 1890, sino los hijos del fundador Mallea y de la huarpe Teresa Ascensio... Nuestros abuelos -es decir nuestros abu – orígenes (de allí esa palabra) son los hijos e hijas del capitán Mallea y de la Huarpe Teresa Ascensio, es decir: el resultado de la fusión de lo hispánico y de lo autóctono (harpes en nuestro caso; o araucanos, mapuches, quechuas, aymarás, charrúas, guaraníes o aztecas, en el caso de otras regiones de Nuestra América...

Pues bien, si somos hijos de la mezcla, no podríamos negar que tanto harpes como españoles son nuestros antepasados, y que los hijos, nietos, biznietos y tataranietos de Mallea y Ascensio –o sea nosotros-, a partir de la fusión de hispanos y harpes en el siglo XVI -hace ya más de cuatro siglos-, constituimos una nueva estirpe, una nueva raza...

A veces repetimos como loros, que existen tres razas: la blanca, la amarilla y la negra. O de acuerdo a otra teoría, decimos que existen cuatro tipos raciales: el negro, el indio, el mongol y el blanco. Pero nos olvidamos -y eso sí es un grave problema de identidad y de ignorancia de la verdad- que nosotros no somos blancos ni negros ni indios ni mongoles, sino producto de la fusión y mestizaje de los pueblos originarios con el español: una nueva raza: la raza hispanoamericana, “la quinta raza o raza cósmica”, como la calificara el mexicano José Vasconcelos, “fruto de las anteriores y superación de todo lo pasado”.

Podríamos suscribir la teoría de Vasconcelos desarrollada en *“La raza cósmica. Misión de la raza iberoamericana”*, de que “el blanco –con su dominación sobre los demás- ha puesto al mundo en situación de que todos los tipos y todas las culturas puedan fundirse”.

“En la Historia no hay retornos”, dice José Vasconcelos, “porque toda ella es transformación y novedad. Ninguna raza vuelve; cada una plantea su misión, la cumple y se va. Esta verdad rige lo mismo en los tiempos bíblicos que en los nuestros; todos los historiadores antiguos la han formulado. Los días de los

---

blancos puros, los vencedores de hoy, están tan contados como lo estuvieron los de sus antecesores. Al cumplir su destino de mecanizar el mundo, ellos mismos han puesto, sin saberlo, las bases de un período nuevo, el período de la fusión y la mezcla de todos los pueblos”. Eso fue lo que pasó a partir de 1492.

Por eso, no tenemos otra puerta de salida del problema que hacia adelante, es decir con la asunción de nuestra identidad y de nuestra misión como nueva raza, como nueva civilización.

A partir de ahí, nuestra historia cobra un nuevo sentido y no se circunscribe al pasado remoto, con exclusión de todo lo demás, como pretenden algunos; ni nada más que al reciente pasado de nuestros últimos doscientos años, como pretenden los conservadores de nuestras patrias chicas divididas, aisladas y desunidas; ni por supuesto la de esos otros, que con el argumento del universalismo o de que *venimos de los barcos*, hacen de sparring a los dos anteriores supuestos.

Raigalmente somos el producto de la fusión de dos civilizaciones y por lo tanto un tercer término de la ecuación, distinto y nuevo a la vez, o sea único en su tipo. Esa es nuestra verdad. Esa es nuestra verdadera identidad. Esos son los fundamentos de nuestra identidad y de nuestra nacionalidad indó-íbero-americana.

Por eso dice el profesor Pedro Godoy que “somos un nuevo pueblo”... “Se trata de los terceros en discordia –que surgen del ensamble- y hoy son multitud”, es decir la inmensa mayoría del pueblo latinoamericano.

Es también importante para dilucidar nuestra identidad -teniendo siempre como base la verdad histórica-, lo que han afirmado varios historiadores, entre ellos el historiador sanjuanino Horacio Videla... que no nacimos argentinos –puesto que nuestra primera dependencia como territorio a partir de la fundación de San Juan, fue la Capitanía de Chile, dependiente a su vez del Virreinato del Perú.

Tampoco nacimos Huarpes, porque fue precisamente, desde la misma fundación de San Juan, que se produjo inmediatamente un fuerte y continuo mestizaje, como ya dijimos.

Debemos admitir que los argentinos y todos los pueblos latinoamericanos tenemos un viejo y serio problema de identidad, que por supuesto nos toca y que es necesario resolver sólo con la verdad y nada más que la verdad, pero que no deja de ser serio.

Ya Alberdi en el siglo XIX hablaba de dos países: uno, el de Buenos Aires y el Litoral, por un lado, y el del Centro, Cuyo y el Norte, por el otro, sin contar el Sur que era un problema irresuelto por entonces.

A ese problema de dualidad “nacional” entre comillas (porque todavía no estaba definida nuestra nacionalidad, y hoy sigue siendo un problema de identidad sin resolver), se sumaba otro: a partir de la creación del Virreinato del Río de la Plata, en lo que respecta a los cuyanos, habíamos dejado de pertenecer a la Capitanía de Chile, y pasábamos, por una decisión administrativa, a formar parte de otra entidad jurisdiccional. Y como si eso fuera poco, pasábamos a ser parte de una jurisdicción virreinal cuyo inmenso territorio incluía no solo lo que hoy es Argentina sino lo que hoy es Paraguay, Bolivia y Uruguay.

No éramos huarpes, no éramos españoles, no éramos chilenos, no éramos argentinos, no éramos paraguayos, no éramos bolivianos y no éramos uruguayos. Entonces qué éramos y qué somos.

Si alguien cree que ese no es un problema de identidad, debería convencernos con datos tan concretos como éstos.

Veamos. Hacia atrás de 1492 tenemos la historia o prehistoria originaria... Desde 1492 y en particular desde 1562, los sanjuaninos tenemos 200 años de hispanización bajo dependencia chilena... Luego casi cuatro décadas, bajo dependencia del Virreinato del Río de la Plata... Y finalmente, estos últimos 200 años de pertenencia argentina.

Hay pues una prehistoria amerindia y una protohistoria iberoamericana. Sin ambos datos, es imposible comprender y asumir una identidad. Y sin una identidad: es imposible amar lo que no se conoce; ni reconstruir lo que no se sabe que hay que reconstruir; ni saber lo que está inconcluso: tal es otro de nuestros grandes problemas nacionales.

La mala noticia, es que “sin identidad, nos convertiremos en cenizas de los tiempos” (Godoy, 2009), y la buena noticia, es que tanto nuestra prehistoria amerindia como nuestra protohistoria iberoamericana forman parte de nuestra identidad, y en alguna parte de esa gran historia está la clave para reencausar nuestro destino.

Precisamente, “ese mestizaje” del que hablamos, constituye desde hace 500 años “la mayoría étnica” que es el pueblo iberoamericano”, y no las patrias chicas aisladas e

---

indiferentes unas de otras, ni tampoco las múltiples y diferentes etnias precolombinas, de distinta sangre, lengua y religión, es decir diferentes en todo lo que constituye el basamento de una Nación...

Nuestra identidad -no solo como pueblo sino también como Nación- hunde sus raíces mucho más atrás de 1810, mucho más atrás de la creación del virreinato del Río de la Plata en 1776, y llega a la década de 1560 cuando la fusión de dos pueblos dio origen a nuestra estirpe cuyana e indo-ibero-americana.

Hablamos de *íbero*, porque en ella se integran las otras dos grandes vertientes de nuestra identidad que son la portuguesa (por Brasil) y la española (por el resto de Nuestra América), además de la originaria americana anterior a 1492, a través de las múltiples expresiones de cada región.

Por eso afirmábamos en “Memorias de la Patria Chica” (obra del autor), que “Fuimos veinte países porque fracasamos en ser una misma y grande Nación”, como lo fueron los Estados Unidos de Norteamérica y Canadá.

A propósito, se preguntaba Manuel Ugarte a comienzos del siglo XX: "Si la América del Norte, después del empuje de 1776, hubiera sancionado la dispersión de sus fragmentos para formar repúblicas independientes... ¿comprobaríamos el proceso inverosímil que es la distintiva de los yanquis?". No hay duda, se respondía, que "lo que lo ha facilitado es la unión de las trece jurisdicciones coloniales, que estaban lejos de presentar la homogeneidad que advertimos entre las que se separaron de España. Este es el punto de arranque de la superioridad anglosajona en el Nuevo Mundo", y la clave para la comprensión de nuestra debilidad, falta de identidad, impotencia y atraso.

“Somos solamente sanjuaninos en la medida en que fracasamos en ser integralmente cuyanos, y somos solamente argentinos en la medida en que no pudimos ser integralmente latinoamericanos” (Salcedo, 2014).

La identidad –que es también memoria basada en la verdad- se fortalece con el tiempo. Cuanto más tiempo tiene, es más fuerte, no solo en términos cuantitativos sino también cualitativos, y adquiere características que son fruto de su propio desarrollo autónomo.

Sin identidad no somos nada o somos débiles. Si “se subvalora o desconoce el mestizaje, se desprecia las fuentes matrices de nuestra macronacionalidad” (Godoy, 2009).

En América Latina, al revés de la América anglosajona, se ha instrumentado la educación para legitimar la secesión, el aislamiento y el “blanquismo”, dice Godoy. Así, “de un continente se hizo un archipiélago en lo psicocultural (en lo identitario)”.

Dentro de Nuestra propia América, “cada república ha educado hasta hoy en el etnocentrismo” y los otros, “han sido nuestros enemigos, sobre todo sin son limítrofes”, como ayer Chile y Brasil, y no hace mucho Uruguay.

Para adentro sucede lo mismo entre hispanistas e indigenistas, y viceversa.

Como sabemos, “si se exaltan los conflictos y las diferencias, se acentúa el aislamiento” (Godoy, 2009). En cambio, si se exaltan las similitudes y los aspectos comunes, se acentúa la integración y la unidad, y con ella la seguridad de un destino digno y alcanzable para todos.

Ciertamente “subsiste la huella de la sangre vertida (en luchas intestinas): huella maldita que no borran los siglos, pero que el peligro común debe anular. Debemos comprender que en la Historia no hay retornos, porque toda ella es transformación y novedad. Ninguna raza vuelve; cada una plantea su misión, la cumple y se va”, como bien dijera José Vasconcelos.

Nuestra misión como nueva raza y como nueva civilización, superior a la civilización anglosajona que nos domina, todavía está pendiente.

Hay que reivindicar esa expresión de la conciencia nacional indo-ibero-americana y mestiza que se ha perdido, pero que estaba viva en nuestros Libertadores: desde Miranda y Bolívar a San Martín y O`Higgins; desde los curas Hidalgo y Morelos en México, hasta Murillo en Bolivia, Artigas en Uruguay y Monteagudo en el Río de la Plata, Chile, Perú y Ecuador.

Si algún sentido tiene la conmemoración o celebración del 13 de junio, y yo creo que debe ser una celebración -porque en la celebración los pueblos festejan su identidad y en su identidad se fortalecen-, es porque este 13 de junio nos recuerda, primero, nuestra doble identidad huarpe-española, que sumada a nuestra identidad chileno-argentino y nacional ibero-americana, conforman nuestra múltiple y varias veces centenaria identidad, a la vez única, original y potente... basada en la potencia del tiempo, en la originalidad del mestizaje y en el acervo común de más de veinte repúblicas que juntas constituyen una misma Nación -como sostenían nuestros Libertadores desde México hasta el Río de la

---

Plata-, partes todas de un gran pueblo con sangre india, española, portuguesa y africana, contando además con la fuerte presunción de que, en tiempos inmemoriales, los pueblos originarios habrían llegado a América desde Asia.

He allí nuestra prehistoria, nuestra protohistoria y nuestra historia única y completa.

Eso es lo que celebramos este 13 de junio: NUESTRA DOBLE RAÍZ, NUESTRO MESTIZAJE O MARIDAJE INDO-HISPÁNICO, NUESTRA RAZA NUEVA Y ORIGINAL: NUESTRA IDENTIDAD Y NACIONALIDAD INDO-IBERO-AMERICANA.